las sociedades socialistas: un viejo debate contemporáneo (algunas notas)

francisco javier rodríguez g.

INTRODUCCION

Una de las problemáticas más complejas dentro de la realidad social es, sin duda, la naturaleza de las "economías centralmente planificadas" o que viven bajo el "socialismo real". La discusión no es nueva; encuentra sus orígenes en los clásicos del marxismo; asume una gran importancia en los años 20 con la Revolución Rusa; empolvada durante la Segunda Guerra Mundial y al término de ella —explicable en cierta medida por la victoria y la presencia lograda por la Unión Soviética como "vanguardia del socialismo mundial"; echándose de nueva cuenta a andar durante las dos décadas pasadas, al tener como sustento material, fenómenos sociales tan importantes como la ruptura Chino-Soviética, la Revolución Cultural China, la Primavera de Praga, la Revolución Cubana y el triunfo del pueblo vietnamita sobre el imperialismo norteamericano, el Mayo Francés,el Otoño Caliente Italiano, los movimientos contraculturales, etc., así como aquéllos que registran los 70, donde la memoria viene a recordar en un marco de reflujo del movimiento obrero internacional, las pugnas internas en China con la muerte de Mao, la invasión soviética a Afganistán, el Movimiento Obrero Polaco, la Revolución Nicaragüense, y el arribo de *Partidos Socialdemócratas* a los gobiernos de países de "desarrollo tardío" (en América Latina, Perú, Venezuela, Jamaica, etc.) y en algunos países europeos occidentales.

Motivo de este trabajo será rescatar inacabadamente, los elementos más generales de las aportaciones que sobre este tema nos han legado los clásicos del

marxismo, las interpretaciones y respuestas que a la nueva sociedad dieron los revolucionarios rusos —resumiendo el gran debate—, y las caracterizaciones más difundidas que, con mayores repercusiones políticas y sociales dentro del campo mundial se promueven en atención al desarrollo del "campo socialista" (basándonos en lo fundamental en la Revolución Soviética), para finalizar abordando los argumentos centrales y las transformaciones que el debate sufre en los últimos años con el surgimiento de nuevas corrientes de interpretación que, con las ocurridas en décadas anteriores, enriquecen una polémica inconclusa.

SIGNIFICADO DEL SOCIALISMO EN MARX

El análisis de las leyes que conforman la esencia del capitalismo es punto de partida en Marx para comprobar científicamente la función específica de esta formación social y, a su vez, demostrar su carácter transicional en la historia, hacia formas de organización superiores. El capitalismo, reflexiona Marx, se presenta como un progreso histórico y fase necesaria de desarrollo en el proceso de formación económica de la sociedad, pero también, como el medio para una explotación "civilizada" y "refinada". Este *se diferencia* de los anteriores modos de producción en la medida en que su base técnica requiere revolucionarse constantemente, lo cual significa un desarrollo inexorable de las fuerzas productivas del trabajo social, constituyéndose —dicho desarrollo— en la base material de una sociedad humana libre.

Lo anterior significa que el capitalismo, conforme a su dialéctica, va engendrando las premisas sociales que lo niegan, destruyen, para dar paso en la historia, a la extinción de las clases sociales, previo proceso de transición donde el proletariado, como protagonista fundamental del cambio social, asume el poder mediante su dictadura. La dictadura del proletariado —según se deja asentado en la Crítica al Programa de Gotha—, es el período de transición revolucionaria que media entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, donde la clase obrera adquiere dimensión de Estado, de ordenadora de la sociedad, que sólo realiza su liberación en tanto liquida la dominación u opresión de cualquier clase social, en un proceso donde se da a la tarea de eliminar las instancias políticas y económicas que generan las formas de expoliación, prescindiendo paulatinamente y de acuerdo al avance hacia el comunismo de esta instancia ordenadora.

En esta fase transicional, Marx advierte —retomando la experiencia de la Co-

muna de París— como tareas de primer orden, la erradicación del carácter explotador de las relaciones de producción, mediante el control y gestión de los medios de producción por los productores directos, para dar paso a la apropiación social del excedente, reduciendo, conforme avanza el proceso, los gastos generales de administración —no concernientes a la producción—, aumentando las partes destinadas a la satisfacción colectiva de las necesidades, así como los fondos de sostenimiento de las personas no capacitadas para el trabajo. También se encuentran como imperativos la revocabilidad de funcionarios públicos, la eliminación del ejército regular y su sustitución por las milicias populares, y la equiparación tendencial de sueldos con los correspondientes al proletariado de manera que paulatinamente se vaya haciendo posible el salto de "a cada quien según su trabajo" hacia "a cada quien según sus necesidades".

Esta visión que Marx plasma en su obra —hay que recordar—, está pensada en función de los países que transitaban por la Gran Industria en Europa, donde las premisas materiales para emprender el camino hacia el comunismo se hallaban desarrolladas. Aunque también el pensamiento de Marx sobre las posibilidades inmediatas del cambio (objetivas y subjetivas), no pueden ser interpretadas de un absoluto convencimiento, si contemplamos tan compleja problemática en algunos de sus últimos trabajos. Ya en el prólogo y epílogo a la edición francesa de El Capital, se advierte el tortuoso camino de la ciencia en la tarea de develar una realidad que nunca se presenta como es, y en la Crítica al Programa de Gotha se lee "El Partido Obrero Alemán" —al menos, si hace suyo este programa— demuestra cómo las ideas del socialismo no le calan siquiera la piel, ya que, en vez de tomar a la sociedad existente . . . como base del Estado existente . . . considera más bien el Estado como un ser independiente, con sus propios "fundamentos espirituales, morales y liberales" (pág. 27).

La historia observó un sendero distinto, rompiéndose la cadena por el eslabón capitalista más débil: la Rusia Zarista.

LA REVOLUCION RUSA

El atraso económico prevaleciente en la Rusia Revolucionaria, manifiesto en una población predominantemente campesina, una débil socialización del trabajo donde la gran industria se mostraba aún con un desarrollo incipiente, los bajos niveles educativos en la población, etc., ponían en duda la maduración de las pre-

misas materiales necesarias para trascender hacia el socialismo.

No obstante lo arriba señalado, la transformación social se producía en un país caracterizado por un incipiente desarrollo de sus fuerzas productivas, en su nivel técnico de la producción y las comunicaciones, así como por un bajo nivel cultural de la población que, en su conjunto, hacían imperativo dar una respuesta donde se tomaran en cuenta las condiciones de atraso como requisito indispensable para la supervivencia de la revolución en marcha*.

Esto implicaba al seno del análisis y la acción de los revolucionarios rusos, una profunda reconsideración sobre las posibilidades reales e inmediatas del salto hacia el socialismo, más aún si no los explicamos con base en la experiencia del comunismo de guerra (1917-1921) y el peligro latente de una insurrección campesina de envergadura producto de las medidas adoptadas en este período, lo cual hubiera significado el aborto de la revolución.

Este cambio suponía entonces reconocer el sustento material, político y social en que se encontraba sumergida la revolución, la inviabilidad del socialismo bajo esa situación y como corolario, desarrollar como alternativa *las condiciones económico-sociales para el socialismo bajo la dirección del Estado y el Partido,* en el marco de grandes sacrificios basados en el ahorro y la capacidad productiva del pueblo.

Es así que la realidad dictaba nuevas responsabilidades para el curso de la misma revolución donde no sólo bastaba que el poder estuviera en manos de los soviets y posteriormente del partido bolchevique, sino implicaba el desarrollo

* Cabría destacar que los escritos de Lenin previos a la Revolución del 17, tienen un matiz demasiado optimista sobre las posibilidades del tránsito hacia el socialismo entre Rusia, no valorando en sus justos términos, la complejidad e implicaciones que supone echar a andar a la sociedad recién surgida de un capitalismo poco desarrollado, dándose como resultado una concepción demasiado simplificada de las funciones a asumir por parte de los integrantes de esta nueva sociedad, cuyo promotor central lo conformaría un proletariado joven y reducido, dentro de una población mayoritariamente campesina. Así, en El Estado y la Revolución escribía refiriéndose a la gestión de la actividad económica. "La cultura capitalista ha creado la gran producción, las fábricas, los ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y, sobre esta base, la inmensa mayoría de las funciones del antiguo 'poder estatal' se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control que son totalmente accesibles a cuantos saben leer y escribir, pueden ejecutarse por el corriente 'salario de un obrero' pueden (y deben) ser despojadas de toda sombra de algo privilegiado y 'jerárquico'" (pág. 41). La realidad social demostraría en el futuro revolucionario de este país, que la cuestión era mucho más compleja implicando en su período álgido, el traslado del control de las empresas de los soviets hacia el partido, así como al regreso de la dirección unipersonal bajo métodos de control capitalista (1918-1920), provocando serias discrepancias entre Lenin y la "Oposición Obrera" (encabezada por Shliapnikov y Alejandra Kollontai) así como por los comunistas de izquierda (Bujarin, Radek, etc.) quienes se oponían al regreso de las prácticas empresariales capitalistas y defendían la tesis del control de la economía por los consejos obreros y los sindicatos.

de las fuerzas productivas. En esa lógica, Lenin definiría al socialismo como soviets más electricidad. Detengámonos un poco en lo que acontecía.

Al pasar el proceso revolucionario del comunismo de guerra —colectivización externa iniciada en 1918, para intentar superar el caos y la anarquía, así como la pérdida de zonas agrícolas e industrias vitales en manos de los enemigos de la revolución (ejércitos blancos)—, a la Nueva Política Económica con el objeto de restablecer las relaciones con un campesinado que comenzaba a rebelarse contra las medidas dictadas por la revolución en el período previo (la confiscación de los excedentes agrícolas para el caso del campesinado) y poniendo en peligro la revolución, Lenin señalaba angustiosamente esta reconversión como una cuestión política "pues la esencia de ella reside en la actitud de la clase obrera ante los campesinos" (Informe sobre la sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie" pág. 1 en Debate sobre la economía soviética y la ley del valor. Edit. Grijalbo, 1974).

La NEP, buscaba readecuar y fortalecer la alianza entre los obreros y los campesinos como necesidad prioritaria. Asimismo, pretendía concertar acuerdos entre el gobierno revolucionario, con la burguesía nacional y el capital extranjero otorgándoles concesiones para la explotación de los recursos naturales que en ese momento no podía hacerle frente al Estado Soviético, de manera tal que pudiera captarse dinero en momentos difíciles para la economía. En apretada síntesis podemos decir que la NEP, comprendió los siguientes puntos: el abandono del sistema de requisas de los campesinos e imposición del impuesto en especie, la restauración de la industria basada en el mercado, dando autonomía financiera y comercial a la empresa; el pago de salarios en dinero, etc. Todo esto, valga la pena insistir en la perspectiva de contar con los recursos necesarios para desarrollar al país, así como con el propósito de crear las bases para la transición mediante el fortalecimiento del monopolio estatal del crédito, del comercio exterior y de la industria, que fuera a su vez absorbiendo las demás esferas económicas ajenas a la regulación estatal.

Lenin argumentaba claramente este cambio en la política revolucionaria, "...hemos subrayado que en Rusia la situación es distinta, que en Rusia poseemos una minoría de obreros industriales y una enorme mayoría de pequeños agricultores. En un país así la revolución socialista sólo puede alcanzar el éxito definitivo con dos condiciones... que sea apoyada a su debido tiempo por la revolución socialista en uno o varios países adelantados.

La otra condición es el acuerdo entre el proletariado que ejerce su dictadura

o mantiene en sus manos el poder del Estado y la mayoría de la población campesina.

. . .sólo el acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista, en tanto no estalle la revolución en otros países". (Ibid.)

Al no estallar la revolución mundial (La Revolución Alemana), quedó como única opción el acuerdo con el campesinado y la construcción de las premisas materiales que supone el socialismo, desarrollándolas intensivamente bajo el marco de un capitalismo de Estado que, en contraposición a la pequeña burguesía mercantil y el capitalismo privado —caracterizados por su dispersión y debilidad así como su resistencia hacia la intervención del Estado—, haría factible el control, impulso y dirección de una rápida industrialización basada en la gran industria con la peculiaridad de ser esta modalidad de acumulación asumida por un Estado bajo la "dictadura del proletariado". Lenin es muy claro al respecto. "La clase obrera, después de *aprender* a proteger el orden estatal frente a la anarquía de la pequeña propiedad, después de *aprender* a organizar la producción, en gran escala, en escala de todo el país sobre la base del *capitalismo de Estado,* tendrá entonces en las manos... todos los triunfos, y el afianzamiento del socialismo estará asegurado.

El capitalismo de Estado es incomparablemente superior; desde el punto de vista económico, a nuestra actual economía.

Eso en primer lugar, y en segundo lugar, no tiene nada de temible para el poder soviético, pues el Estado soviético es un Estado en el que está asegurado el poder de los obreros y de los campesinos pobres ("Sobre el impuesto en especia" Ibid, pág. 35. Subrayados nuestros).

Para 1926, se había logrado el restablecimiento de las relaciones campo-ciudad, lográndose un dinamismo de la economía soviética mediante *la industria de bienes de consumo* y la producción agropecuaria, pero a la par se había dado el surgimiento de una burguesía comercial, el fortalecimiento de un campesinado acomodado, la caída significativa de las exportaciones, y la precariedad del abasto de granos. La búsqueda de una solución a estos males acompañado de una aceleración del crecimiento económico, se encontraba dentro del marco de la industrialización como forma necesaria para superar el atraso económico y la dependencia hacia los intereses creados en el campo, pero a la vez presentaba una incógnita de urgente respuesta: las fuentes y los mecanismos para la obtención de los recursos necesarios para una acelerada industrialización.

Bajo este contexto, posterior a la muerte de Lenin en 1924, se abre el debate

teórico-político sobre el camino a seguir para lograr la industrialización y readecuar las relaciones campo-ciudad, teniendo como protagonistas centrales a Bujarin y Preobrajensky.

Para este último, la economía de transición observa dos sectores (estatal y privado), los cuales se rigen por leyes distintas. El sector privado es presa de la ley del valor, en tanto el estatal, se rige por lo que éste denomina la ley de acumulación socialista originaria entendida como la captación de recursos materiales por parte del Estado procedentes sobre todo de fuentes externas al complejo económico estatal (agricultura), que le permiten alcanzar rápidamente la supremacía económica sobre el capitalismo. Esta posibilidad se da gracias al intercambio desigual que prevalece entre los dos sectores de la economía donde se subordina al sector privado para sustraer de él el excedente que produce el campesinado y destinarlo al financiamiento de la industria hasta que ésta adquiere una dinámica propia. Lógicamente, el resultado político de esta propuesta supone violentar la unidad obrero-campesina que —valga recordar— Lenin consideraba de primera importancia en condiciones de atraso económico.

En contraposición a Preobrajensky —y a Trotsky que abraza el planteamiento de éste en el terreno político—, Bujarin defendía la tesis de que no había tal separación de sectores (el estatal y el privado) ni, por ello mismo, dualidad de leyes, sosteniendo que la acumulación socialista no sería duradera sin la acumulación en el sector privado, y por ello la ley del valor no se oponía a la planificación. El problema lo ubicaba entonces en las relaciones entre obreros y campesinos, en vez de la lucha y antagonismo entre ellos, proponiendo la tarea de convencer al campesinado para que paulatinamente se fuera integrando al proyecto socialista. La cooperación entre el campo y la ciudad fortalecería la industrialización y la dictadura proletaria ya que al tiempo que proporcionaba los recursos para llevar a cabo el proceso productivo, creaba el mercado interno como espacio para su absorción. En síntesis, mientras que para Preobrajensky, el problema implicaba privilegiar la captación de excedente en favor de la industria subestimando las repercusiones en la política, Bujarin ve la problemática en el terreno ideológico, de avanzar mediante el convencimiento del campesinado en su conjunto hacia la consolidación del socialismo.

Al llevarse la discusión al seno del CC del Partido Bolchevique, Stalin —ausente hasta entonces del debate— resulta paradójicamente el gran ganador, concluyendo el debate al conseguir que el CC acuerde la colectivización en masa y forzosa en el campo, eliminar así los Kulaks como clase y obteniendo del campo los

recursos necesarios para la empresa que implicaba una rápida industrialización. Pero no sólo abraza burdamente la propuesta Preobrajensky —lo cual nunca reconoce—, sino bajo el pretexto de "desviaciones de derecha" al seno del Partido elimina a los protagonistas del debate así como buena parte del Comité Central, al tiempo que pone en marcha el Primer Plan Quinquenal (1928-1929).

En el período que va de 1929 a 1937 aproximadamente y que engloba los dos primeros planes quinquenales, la Unión Soviética sufre un profundo cambio en su estructura económica, creciendo el PNB a una media del 9 por ciento, desarrollándose las técnicas de planificación centralizada de asignación de recursos, la eliminación del desempleo y de los pequeños propietarios, la colectivización en la agricultura, así como la erradicación del analfabetismo en la población menor de 50 años en 1939 (Adelman). Contrastando con lo anterior, descendió el consumo per cápita de la población y se generaron *fuertes desequilibrios* entre una agricultura desatendida y con bajos rendimientos y los avances logrados en la industria, los cuales pesan hasta hoy en día en la economía soviética.*

Es en la época de Stalin que se "oficializa" el significado del socialismo, definido como la forma social donde se hace posible la estatización de los medios de producción y la dirección de la economía a partir de la planificación central, privilegiándose el desarrollo de la industria pesada.

Dejemos aquí nuestro intento por señalar los rasgos más sobresalientes de la historia económica de la Unión Soviética en sus primeras décadas, y pasemos a enunciar las caracterizaciones más difundidas que se desarrollaron al margen del Estado Soviético, gestándose algunas de ellas incluso antes de la Revolución de Octubre. Con esta inquietud, señalaremos primeramente los rasgos más sobresalientes, de las corrientes que caracterizan esta sociedad como un Capitalismo de

* Recuperando el debate para abordar las relaciones entre el campo y la ciudad en la política de construcción del socialismo, Alejandro Dabat plantea que si bien la apreciación teórica de Preobranjensky contenía un aspecto innegable (el asociar socialización de la producción y proletarización de la población con industrialización), oscurecía tres cuestiones fundamentales: a) que el principal remanente del capitalismo a combatir no se hallaba tanto en la producción mercantil campesina como en la subsistencia de la separación entre el trabajo de ejecución y el de dirección y en la planeación en cuanto herencia despótica del capitalismo, que tendía a encarnarse en la nueva burocracia estatal; b) que la socialización de la producción fortalecía más al Estado y su burocracia que al proletariado, en la medida en que no estaba basada en la preservación de la hegemonía política de este último y de las formas democráticas de organización de las masas en general; y c) que esta política llevaba a la ruptura de la alianza social y política entre el Estado obrero y el campesinado, el aislamiento y descomposición del proletariado y por consiguiente su debilitamiento en relación con la burocracia. Véase. Alejandro Dabat "Las relaciones económicas entre el campo y la ciudad en la política de construcción del socialismo" en *Teoría y Política Núm. 5,* jul/sept., 1981.

Estado, y la interpretación de Trotsky sobre el carácter social y político de la Unión Soviética en el período de Stalin.

¿CAPITALISMO DE ESTADO O ESTADO OBRERO DEGENERADO?

La caracterización de socialismo, como formaciones político-sociales donde priva un capitalismo de Estado, es probablemente la concepción más vieja que existe en torno a esta problemática. Esta que se utiliza primero para dar significado a lo que se entiende por socialismo, después al carácter del modo de producción emergido de la Revolución Rusa y posteriormente como categoría que sirve para identificar "el campo socialista" y en general a las economías avanzadas, dista mucho —como lo vemos— de ser homogénea en cuanto a su interpretación, menos aún, corresponder a una sola vertiente del pensamiento social en su necesidad por descubrir la naturaleza de los llamados países del este. Lo que observamos como elemento común a ellas, es la relación que guarda la expropiación del capital propiedad y la distribución del excedente social, con el socialismo.

Para algunas (vertientes), lo arriba señalado no significa otra cosa que la reproducción del capitalismo en su fase avanzada donde si bien se elimina la propiedad privada, prevalece el capital gestión y por ende la relación capitalista. Otras ven en dicha transformación los elementos centrales que deben constituir un programa con perspectiva socialista, en tanto con ello se contribuye a favorecer el bienestar de las amplias masas así como una redistribución más equitativa del ingreso gracias a la acción del Estado convertido en una entidad benefactora por arriba del bien y del mal.*

En esta última posición se encuentra la socialdemocracia, para quien el socialismo —vulgar diría Marx— significa el asalto que los "representantes" del proletariado realizan al Estado burgués por la vía parlamentaria, o al poder ejecutivo a

* La crítica hacia esta vertiente que ve como sujeto social de cambio al Estado, la encontramos en el pensamiento de Marx desde su rompimiento con los hegelianos de izquierda, desmistificando al Estado como verdad absoluta, e inclinándose por defender a la sociedad civil como el campo donde se debaten las contradicciones centrales del sistema, no viendo a éste (el Estado) y sin mecanicismo alguno, sino como consecuencia en última instancia de las contradicciones que se dan en la sociedad. (Véase la cita de la pág. 4). También en la misma Crítica al Programa de Gotha, Marx hace alusión a la forma como la socialdemocracia aborda la distribución: "El socialismo vulgar (y por intermedio suyo, una parte de la democracia) ha aprendido de los economistas burgueses a considerar y tratar la distribución como algo independiente del mundo de producción, y, por tanto, exponen el socialismo como una doctrina que gira principalmente en torno a la distribución". (pág. 19).

partir de procesos electorales, para darse a la tarea de instrumentar políticas económicas en favor del pueblo desposeído. Encontramos su sustento teórico en algunos estudiosos de finales del siglo pasado y principios del presente, destacando Hilferding quien al apuntar los cambios que trae consigo el capital financiero, llega a concluir en la posibilidad de planificar el capitalismo dado un exacerbado proceso de centralización del capital y el matrimonio entre los ciclos del mismo con sus formas de propiedad, de donde nace un capital financiero libre de contradicciones.

A pesar de sus años, esta forma de entender el socialismo, permanece vigente en los programas de la Internacional Socialista, los Partidos Comunistas Occidentales (y el del Japón) y en buena parte de las organizaciones de izquierda en América Latina, con los respectivos matices en cada una de ellas. Así, todo aquello que tienda a una mayor amplitud de las funciones del Estado (nacionalizaciones), resulta benéfico para la sociedad en su conjunto, en tanto centraliza más la producción, bastando arribar al Estado, con una eficiente y comprometida burocracia, para transformar pacíficamente el *status quo* tan opresivo, por uno más democrático pero con las mismas relaciones de explotación.

Otra corriente que abraza la caracterización del capitalismo de Estado, bajo una óptica diametralmente opuesta, es la desarrollada por los "izquierdistas" o consejistas, que nos parece merecen atención dada su importancia y pobre difusión cuando se toca el debate, particularmente en América Latina.

El período intelectualmente más productivo de los grupos consejistas abarca el espacio de tiempo comprendido entre la crisis económica de 1929 y la Segunda Guerra Mundial, coincidiendo con la bancarrota política y teórica del movimiento obrero tradicional, tanto socialdemócrata como comunista. Destacan como trabajos representativos de esta corriente, los realizados por Luckacs, Mattick y los comunistas holandeses (Pannekoek), todos ellos, discípulos y defensores de Rosa Luxemburgo así como de la oposición obrera en la Rusia Revolucionaria. Rosa Luxemburgo, militante del Partido Comunista Alemán, mantiene una constante crítica al desarrollo de los acontecimientos en Rusia, sin dejar de apoyar a ésta, ya que observa el éxito del socialismo en este país, no sólo en el comportamiento de los revolucionarios rusos, sino al estallamiento de la Revolución Europea Occidental. "Ciertamente, no estoy muy satisfecha de los bolcheviques, ni siquiera ahora con su fanatismo sobre la paz. Pero después de todo... no es para criticarlos. Se encuentran en buen aprieto, sólo tienen la posibilidad de escoger entre dos males y escogen el menor. Son otros los responsables de que

la revolución rusa se vuelva en provecho del diablo". Y añade, "los socialistas alemanes pregonan que el gobierno de los bolcheviques es una caricatura de la dictadura del proletariado. Si esto era o es verdad, se debe únicamente a la conducta del proletariado alemán, conducta que ha sido una caricatura de la lucha de clases" (tomado de Paul Mattick. Rebeldes y Renegados. Edit. Icaria, pág. 40).

Las discrepancias entre el bolchevismo y los consejistas, hemos señalado surgen a raíz del paulatino traslado del poder de los soviets hacia el partido, lo cual implicaba para estos últimos el desplazamiento del proletariado como protagonista del cambio, dejando al partido la responsabilidad de una tarea que le corresponde a éste (el proletariado), sin embargo, esas discrepancias latentes sólo estallarán con la publicación del folleto de Lenin "La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo", donde enfrentaba lo mismo a la "oposición obrera" y a los "comunistas de izquierda" que a los espartaquistas alemanes por su oposición a participar en los parlamentos burgueses.

A partir de ahí saldrán a flote las profundas divergencias teóricas y políticas entre una interpretación y otra, las cuales se agudizarán durante los años 30. Otto Ruhle —prominente consejista de esa época— escribía en 1939 que "la lucha contra el fascismo empieza por la lucha contra el bolchevismo". Veamos los argumentos que esta corriente da para afirmar la existencia del capitalismo en la Unión Soviética.

Para los comunistas holandeses, la revolución rusa tuvo como tareas de orden económico, desenmascarar el feudalismo agrario y poner fin a la explotación de los campesinos que vivían en el sistema de servidumbre, industrializando a la vez la agricultura y elevándola al nivel de una producción moderna de mercancías. En el terreno político, su función fue destruir el absolutismo, abolir la nobleza feudal, objetivos éstos tendentes a impulsar las premisas económicas. Estos propósitos correspondían nítidamente a las aspiraciones de una revolución burguesa. De ahí que se considere como tarea histórica del bolchevismo, soldar dos rebeliones opuestas (la del campesinado con la del débil pero combativo proletariado) para orientarlas a un objetivo común: la abolición del Estado Feudal. Es con base en ese plano argumental que concluyen afirmando que ésta (la revolución soviética) presenta las características de una revolución burguesa, orientada por un partido de corte jacobino que subordina al proletariado a la "vanguardia" (el partido) y no al contrario. En síntesis, la economía rusa después de la revolución se caracterizará, de acuerdo a esta visión, por apoyarse en las bases de una producción de mercancías, rigiéndola la rentabilidad, un sistema abiertamente capita-

lista de ritmos acelerados conducido por métodos de racionalización capitalista hasta sus límites extremos, bajo la consigna de "control de la producción" que guarda en su interior la idea de conservar la eficacia capitalista en la organización técnica y económica de la producción. Con base en lo anterior, los consejistas afirman que el socialismo bolchevique es un capitalismo organizado por el Estado o, en su defecto, una producción estatizada que emplea métodos capitalistas.

En el curso político de la revolución rusa, los consejistas advertían un proceso de degradación de las funciones originarias de los soviets, delegándose éstas al Partido Bolchevique, lo cual no significaba otra cosa que la degeneración de la democracia obrera, en tanto las decisiones fundamentales se distanciaban cada vez más de los productores directos. Para éstos (los comunistas holandeses) la revolución no es cuestión de partido, ya que la organización única del proletariado (consejos, comunas) debe tener al mismo tiempo objetivos económicos y políticos, resultando superfluos los estatutos y la maquinaria burocrática (Anton Pannekoek en los "Bolcheviques en el poder" Anagrama, pág. 33). En esa medida, consideran que si el proletariado no ha madurado para controlar y gestionar la producción, esto no puede reducirse en la delegación de dichas tareas al partido. Son los consejos obreros —continúa Pannekoek— el organismo decisivo en el desarrollo del proceso revolucionario, en tanto células unificadoras de ideas, estrategias, métodos y acciones tendentes a paralizar los órganos del poder estatal, asumiendo el poder político.

En una trinchera distinta, se encuentra Trotsky y su concepción sobre la naturaleza del Estado soviético bajo el mando de Stalin.

Para Trotsky, la nacionalización del suelo, de los medios de producción, de los transportes y de los cambios, y del comercio exterior, forman las bases de la sociedad soviética, y en esa medida, se define a la URSS como un Estado Proletario, negando de paso la existencia de un capitalismo de Estado.

Para éste —y hasta la fecha para el Trotskysmo— este país atraviesa por una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo, cuya explicación radica en el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas al darse la revolución en la Rusia del 17. Son estas condiciones de atraso imperantes lo que implica para Trotsky negar al Estado soviético como propiamente socialista; cuestión que hubiera resultado (asumirse como socialista) viable con el estallamiento de la revolución mundial, al permitir el acceso de la Unión Soviética a los avances del progreso técnico de las economías capitalistas avanzadas (Alemania). De lo anterior se deduce entonces una sociedad que se dirime entre la planificación central

de economía, y la existencia de normas de reparto burguesas del excedente producido que provocan la diferenciación social existente en la URSS. De ahí la connotación de sociedad intermedia.

Si bien en este planteamiento se reconoce el carácter proletario del Estado Soviético, se advierte también la presencia de una burocracia que, dadas las condiciones de atraso, se fortaleció elevándose por encima del proletariado en calidad de capa social privilegiada y dominante en la URSS, que de alguna manera se apropia del Estado y pone en peligro las conquistas logradas por la revolución. Para Trotsky, al momento de escribir la Revolución Traicionada (1937), la burocracia aún no ha creado una base social bajo formas particulares de propiedad, y en ese sentido, El Estado sigue siendo instrumento del proletariado.

Así, en tanto un Estado Obrero Degenerado por la burocracia, el pensamiento de Trotsky plantea como imperativo, una revuelta de carácter político que no tendría que trascender al ámbito económico ya que las relaciones de propiedad responden al Estado del proletariado, pero sí arrojar a la burocracia soviética del poder, procediendo así a abolir los grados, las condecoraciones, los privilegios y menguando paulatinamente la desigualdad en la retribución del trabajo, cuidando no desestabilizar la economía.

LA PRESENCIA DE LA UNION SOVIETICA EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA POSGUERRA

La Segunda Guerra Mundial que concluye con la victoria de la Unión Soviética y las fuerzas aliadas sobre el fascismo, la irrupción de la Revolución China y la conformación del campo socialista, abren una nueva fase de desarrollo de la economía mundial, caracterizada por el restablecimiento del capitalismo en ese plano mediante un nuevo sistema interestatal de regulación (FMI, BIRF, etc.), así como por el nacimiento de una nueva revolución científico-técnica, entre sus elementos sobresalientes. Para nuestro caso, la victoria soviética sobre el fascismo, ubicará a ésta como la "vanguardia del socialismo a nivel mundial", traduciéndose esto en que la discusión sobre la identidad social de la Unión Soviética se coloque en un plano secundario durante la década de los 50.

Dos son las excepciones más notables: los planteamientos de una Yugoslavia que forja su propio ejército para enfrentar y derrotar al fascismo bajo el mando de Tito, y que posteriormente, le permite soportar la presión de Stalin que al pre-

tender incorporarla al campo socialista bajo su égida, provoca una respuesta política que pasa necesariamente por definir el carácter de la economía soviética, bajo el marco de la no-alineación y la "addogestión"; y como segunda excepción se encuentran las discrepancias surgidas entre China y la Unión Soviética en materia de industrialización, que comienzan a darse a raíz de los resultados arrojados por el Primer Plan Quinquenal Chino.

Haciendo un balance sobre este primer plan quinquenal, Mao apuntaba que éste se había distinguido por su énfasis casi exclusivo en la industria pesada; los métodos de dirección unipersonales, altamente centralizados, y escasa importancia a la industria ligera y la producción de bienes de consumo. En este período, el campesinado se veía en gran medida como una fuente de ahorro, y el cuerpo de oficiales chinos adquirió las galas de un ejército regular ya en 1955. (Mao Tse Tung. Una crítica a la economía soviética. FCE).

Lo anterior traía al seno del partido una insatisfacción creciente con respecto al modelo de desarrollo soviético que se centraba en tres ejes: 1) la acumulación socialista primitiva a expensas del campesinado; 2) una teoría de las fuerzas productivas y la dictadura del proletariado; y 3) sobre la concepción del Partido y su relación con las masas.

Las discrepancias alrededor de estos puntos, si bien subyacen latentes con el primer plan, sólo serán expuestos en toda su dimensión política a partir de 1956 con el trabajo de Mao "Sobre las Diez Grandes Relaciones". Refiriéndose al primer punto, éste debate la imposibilidad de extraer del campo los recursos necesarios para la industrialización, porque allí hay muy poco capital. En lugar de tal propuesta, se debe incrementar la productividad agrícola e industrial por la vía de la cooperación entre campesinos y obreros.

En el segundo aspecto, los chinos exponían una inadecuación entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas que implicaba en el modelo soviético un olvido de las masas como las creadoras de la historia y la preferencia por los planificadores; una preocupación total por la tecnología y la pericia que atentaban contra la lógica del nuevo sistema en tanto reproducían métodos de organización capitalista; confianza en la administración de un solo hombre y en los incentivos materiales que redundaba todo ello en una falta de interés por la transformación de la visión del mundo de los individuos.

El tercer eje referente al partido, se cuestionaba a éste en calidad de verdad absoluta, privilegiándose a las masas sobre el mismo, a la vez que se advertía que la ausencia de vigilancia de éste por ellas, podía ocasionar con el tiempo la enaje-

nación del partido sobre las masas y su burocratización. Estas críticas se realizan dentro del contexto de lo que se denominó el Gran Salto hacia adelante que pretendía imponer al propio estilo de desarrollo e industrialización en China conforme a sus peculiaridades históricas así como por las experiencias desprendidas de la guerra revolucionaria.

Para finales de los años 50 —y continuándose en la década siguiente—, las contradicciones chino-soviéticas estallan sumándose nuevos problemas que por razones de espacio sólo enunciaremos: La vía pacífica al socialismo, la coexistencia pacífica, la terminación de la lucha de clases en la URSS y la instauración del "Estado de todo el Pueblo", y el reconocimiento de la Unión Soviética de dos Chinas (China Nacionalista y China Popular).

En su conjunto todos estos acontecimientos ocurridos durante la primera década de la posguerra, influirán determinantemente en el resquebrajamiento del bloque socialista, dividiendo criterios en torno al camino a seguir, particularmente con el significado adquirido por la Revolución Cultural China celebrada en los 60. Quedémonos hasta aquí, y pasemos a ver qué advertían los yugoslavos.

Después de 1948, Yugoslavia somete al stalinismo a una interpretación crítica que abandona la caracterización de un capitalismo de Estado en la URSS, para dar lugar a otras interpretaciones, predominando como concepción fundamental la del "estatismo".

El "estatismo" —según Stajonovic, uno de los autores de esta teoría—, es la degeneración que observa el socialismo de Estado con la presencia política de Stalin. Con base en esta categoría se afirma el surgimiento de un nuevo tipo de sistema de clases en la Unión Soviética, donde el aparato de Estado progresa a la par del partido comunista en calidad de propietario colectivo de los medios de producción y los utiliza para explotar desde esa trinchera a la fuerza de trabajo. Para éste, el reparto que al seno del Estado se hace de la plusvalía, está en función de la posición jerárquica que se ocupe en éste. El estatismo es producto de serias debilidades y desviaciones que se dan al seno del Partido, negándole a los obreros —independientemente del grado de desarrollo económico alcanzado— la tarea de autogestionar desde un principio la producción, lo cual provoca el surgimiento de la clase estatal como explotadora de la clase obrera.

La particularidad de esta clase explotadora reside en el hecho de que su fortaleza económica es producto de su posición política, y en eso se diferencia el capitalismo donde la fuerza de la burguesía se da al contrario. A su vez, en este régimen estatal, el campesinado se convierte en una fracción del proletariado, y

es también sujeto de explotación por la clase estatal.

Para los partidarios de esta corriente, la erradicación de la clase explotadora supone la acción del proletariado en un proceso de cambio social donde se substituya la economía de distribución centralista, por la "autogestión" de los trabajadores y a su vez se defienda la soberanía nacional contra cualquier interés exterior. Sólo en esa medida se hará posible la construcción de un socialismo revolucionario.

Cabría hacer notar, que a diferencia del trotskismo, el cambio trasciende el mayor ámbito político, exigiendo contemplar transformaciones económicas para erradicar la planificación central estatizada que —según los yugoslavos— motiva y desarrolla la nueva clase social.

DOS DECADAS DE CAMBIO SOCIAL E INTENSO DEBATE

Después de un relativo *impasse* en esos años (50), las dos décadas posteriores traen consigo una serie de acontecimientos que son a la vez cantera para la profundización del debate que se enriquece y adquiere de nuevo su lugar en la ciencia social.

Los años 60 adquieren una presencia especial en la historia contemporánea por su gran potencial revolucionario. Para lo que nos interesa, habría que considerar fenómenos tan importantes como la agudización del conflicto Chino-Soviético, de donde se desprenden dos líneas distintas a seguir en la fase de transición: o se privilegian las fuerzas productivas, o las relaciones de producción adquieren supremacía (lo político sobre lo económico) y la necesidad de un proyecto tecnológico propio al cambio en la dimensión de las relaciones sociales.

En este marco, pensamos, debe ubicarse la revolución cultural china, cuya importancia, consideramos, radica en ser un gran intento fallido en la conformación del hombre nuevo.* Así también el socialismo sostenido por el *Che* que, sin dejar de reconocer su voluntarismo y ausencia de sólidas bases, enriquecen y orientan la aguja para la construcción de un socialismo renovador, humanitario,

* La revolución cultural china buscó la transformación radical de las relaciones de producción en este país, desarrollando para este esfuerzo un proyecto tecnológico acorde al cambio que se impulsaba en las relaciones sociales. Sin embargo, la transformación se pretendió llevarla a cabo mediante la lucha ideológica contra los enemigos de este proceso, no siendo abordada en todas las esferas de la vida social que hubieran permitido detectar en el mismo desarrollo económico chino la ausencia del sujeto social que requería el proceso.

orientan la aguja para la construcción de un socialismo renovador, humanitario, como diría uno de los máximos exponentes de la ciencia social en esos tiempos: Jean Paul Sartre.

Como segundo elemento de suma importancia, se encuentra la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, "la Primavera de Praga" que a su vez da significado a la memoria histórica con la invasión de Hungría en el 56. Un tercer elemento a rescatar, será el Mayo Francés, así como el llamado "Otoño Caliente Italiano" que tienen por protagonistas sociales al obrero masa (obrero descalificado) quien va a ocasionar serios problemas de curso normal del capital, al realizar huelgas masivas que escapan de las manos de las dirigencias sindicales tradicionales. Así también se encuentra el surgimiento de movimientos contraculturales que a menudo tiende a menospreciárseles pero que, sin embargo, son pieza central en el resquebrajamiento de aquellas tesis donde el único protagonista del cambio social es el proletariado y el campesino pobre organizados en el partido de vanguardia. Nos referimos al movimiento feminista, el de los homosexuales, el movimiento de los negros y en general de las minorías raciales en los países industrializados, a los movimientos juveniles y en el seno de ellos al estudiantil, los movimientos pacifistas, etc., que insistiendo, abren aún más tan compleja problemática como lo es el cambio social.

No podemos olvidar en estos años, los movimientos de liberación nacional y las revoluciones producidas en países de escaso desarrollo o "periféricos" que si bien comienza a darse una década anterior, adquieren una mayor relevancia aquí por el triunfo de la Revolución Cubana* y su pronunciamiento por un carácter socialista y la revolución vietnamita sobre el imperialismo norteamericano.

Tal riqueza de inquietud social, repercutirá dentro del plano teórico, en la descalificación del "marxismo soviético" como única opción de análisis e interpretación de la misma, reivindicando las fuentes originales del marxismo y su enriquecimiento a partir de alternativas que nacen o se profundizan ante una realidad rebelde a ser explicada mediante esquemas o manuales de economía política.

La década de los 70, muestra un reflujo social del movimiento obrero en

* El impacto de la Revolución Cubana, viene a desechar viejas concepciones de los Partidos Comunistas Latinoamericanos, así como las concepciones desarrollistas promovidas por la CEPAL y posteriormente por la Alianza para el Progreso, surgiendo en casi todos los países latinoamericanos grupos guerrilleros convencidos de la experiencia de los revolucionarios cubanos: El PRT-ERP en Argentina (Santucho); el MIR en Chile (Miguel Henríquez); el FSIN en Nicaragua (Carlos Fonseca Amador); el ERP en El Salvador (Joaquín Villalobos); el ELN en Colombia (Camilo Torres); el MLN, Tupamaros en Uruguay (Raúl Sendic); el Partido de los Pobres en México (Lucio Cabañas); el ELN en Bolivia (el Che e Inti Peredo), etc.

general a nivel mundial, así como de los movimientos contraculturales (con la excepción del movimiento feminista, el surgimiento del movimiento ecologista, y el fortalecimiento de los movimientos autonomistas).

Estos años tienen como base material la profundización de las tendencias del capital observadas durante la fase de posguerra, lo cual va a repercutir severamente en la movilización de los trabajadores al ser neutralizadas sus prácticas de lucha por las nuevas condiciones que impone la acumulación capitalista. Un primer momento de este proceso, será la exportación de capitales de los países industrializados hacia regiones subdesarrolladas, aprovechando la revolución de las comunicaciones, la segmentación del proceso productivo y el enorme ejército industrial de reserva con que cuentan estas regiones, dando oportunidad al pago de salarios muy inferiores a los de los países industrializados. Como consecuencia de lo anterior, en las naciones desarrolladas se incrementarán los índices del desempleo, siendo su víctima fundamental quien había protagonizado uno de los momentos más complejos y ricos del movimiento obrero contemporáneo. Nos referimos al obrero masa, a ese obrero descalificado que hoy compite por el empleo con un trabajador en algún país subdesarrollado.

La internacionalización del capital, tendrá un menor dinamismo en el segundo lustro de la década, dada la crisis que contrae el mercado mundial incrementando el proteccionismo de las economías avanzadas, y la cual intenta ser superada mediante el incremento de la productividad.

Esta necesidad que exige la revalorización del capital, implica la recuperación de múltiples formas de explotación —que a su vez desarticula al movimiento obrero— como lo es el trabajo domiciliario, al tiempo que se pone en marcha una nueva revolución científico-técnica, donde se intensifica el desplazamiento de mano de obra descalificada, "conflictiva" al comenzarse a instalar robots, máquinas de control numérico y en general todas aquellas invenciones que expresan el surgimiento de la era de automatización. En fin, será el desempleo provocado por la reestructuración productiva, lo que someterá al movimiento obrero a las nuevas condiciones de producción, desgastándose en luchas entre los trabajadores activos y aquéllos que se encuentran desempleados.*

* Mientras que las grandes manifestaciones obreras en los países industrializados de los 60, demandaban incrementos salariales, bajas en la intensidad de la banda de ensamblaje, escala móvil de salarios, mayor participación de los trabajadores en las utilidades, etc., las manifestaciones obreras una década después, son realizadas por la misma composición social, sólo que ahora se identifican por ser emigrantes (árabes, españoles, yugoslavos, mexicanos, etc.) con más de cinco años de estancia en los países avanzados, contra el flujo migratorio y por la expulsión de aquellos emigrantes que tienen menor tiempo, dada la presión

Al neutralizarse el sujeto social que daba oportunidad a una acción de masas, la desesperación condujo al resurgimiento de grupos terroristas cuya base social la conforman, en especial, las capas medias intelectualizadas. Hasta la fecha, es observable esta paralización sin que se vislumbre alternativa alguna con posibilidades de concretarse en un movimiento de alcance mundial.

Sin embargo, sería un error de nuestra parte, dejar en el olvido ciertos acontecimientos importantes. Estos años son testigos de la invasión de la URSS en Afganistán, del surgimiento del Movimiento Obrero "Solidaridad" en Polonia, así como su liquidación, de las pugnas al interior del Partido Comunista Chino a raíz de la muerte de Mao, y el arribo de Partidos Socialdemócratas a los gobiernos de países industrializados y en vías de desarrollo.

¿Cómo influyó todo esto en el debate sobre el significado de los países "socialistas"? Volvamos a él.

Una primera vertiente que en estos años se recupera, es la que en su momento defendieron los comunistas consejistas: Ruhle, Pannekoek, etc. Nos referimos a la tesis del Capitalismo de Estado.

Bajo esta línea Paul Mattick señala que en los países de economía planificada lo que se ha producido en realidad son "revoluciones keynesianas", tendentes a promover el capitalismo bajo la regulación del Estado. En ellos prevalecen las relaciones capital-trabajo y el uso de métodos comerciales; el excedente es distribuido de acuerdo a las decisiones de los gobiernos para alimentar a la población no trabajadora, asegurar la defensa nacional, atender los requerimientos públicos y reinvertir el capital adicional; las transacciones económicas, son transacciones de cambio; la fuerza de trabajo se encuentra subordinada a la administración de las empresas y con sus salarios compran mercancías de otras empresas; existe un cuasi-mercado entre las administraciones de algunas empresas y la administración de otras empresas. Por tanto, concluye Mattik, no existe gran diferencia entre la economía de empresa privada y la controlada por el Estado, salvo por el control centralizado de esa última sobre el producto excedente. (Marx y Keynes, 1969).

Abrazando la tesis del capitalismo de Estado —con distintos matices e intenciones políticas— ubicamos también al maoismo. Esta corriente que tiene su

que ejercen sobre el empleo. Lo anterior —producto de la contracción del mercado mundial— incrementa la discriminación racial, así como políticas rigurosas de control de los flujos migratorios (Ley Simpson-Mazzoli), que en los últimos años han provocado respuestas alternativas de la sociedad, como la campaña desarrollada en Francia ¡ ¡Touche pas mon pot!! (no te metas con mi amigo) en defensa de los inmigrantes, particularmente los árabes.

génesis con el conflicto Chino-Soviético, ubica primeramente sus discrepancias hacia la URSS en el terreno político, denunciando la existencia de "desviaciones de derecha" al asumir el poder Krushov a raíz de la muerte de Stalin y posteriormente con Breshnev. Sin embargo, estas "desviaciones derechistas" fomentadas por los "nuevos zares" eran susceptibles de corregirse en una lucha política al seno del partido que concluye con la expulsión de los promotores de esta línea y el retorno a la "vía correcta".

La polémica tenderá a acrecentarse en el transcurso de los años 60, teniendo su punto más avanzado con el surgimiento de la Revolución Cultural China (1966), en tanto base material de los maoístas, para una reflexión más amplia alrededor de la naturaleza social de la Unión Soviética que termina, posteriormente, por deducir la presencia de un capitalismo de Estado.

Para los maoístas, la URSS es un tipo peculiar de país capitalista, donde las leyes de acumulación y por ende del beneficio, rigen la utilización de los medios de producción. Un país gobernado por una "burguesía de Estado" cuyo objetivo es la dominación de los trabajadores hacia su interior, y expansión imperialista hacia el exterior (Bettelheim La Lucha de Clases en la URSS).

Bettelheim —promotor de esta tesis— apunta que la experiencia soviética está inmersa en el "economicismo", lo que ha ocasionado serias deformaciones a la concepción marxista del cambio social. Una primera, la idea de que la propiedad social de los medios de producción es sinónimo de la transformación socialista de las relaciones de producción. Segundo, la creencia en la "primacía" del desarrollo de las fuerzas productivas en detrimento de la atención hacia las relaciones de producción que se conciben como dependientes de las primeras.

Y por último, la convicción de que con la abolición de la propiedad privada y la desaparición de los capitalistas, los aparatos de poder, y particularmente el Estado cambian conjuntamente su carácter, reflejando la dictadura del proletariado (tomado de R. Milliband. "Bettelheim y la experiencia soviética").

Bernard Chavance profundiza en esta idea afirmando que la separación radical entre los productores directos y los medios de producción en la URSS, sólo es consecuencia de que la capa dirigente se ha apropiado de los medios de producción en calidad de capitalista colectivo (el Estado Burocrático), para gestionarlo de acuerdo a sus propios intereses. Para Chavance, lo peculiar de este capitalismo reside en el papel del partido quien es el encargado de seleccionar a los dirigentes (burguesía de Estado) a partir de una lista establecida por el Comité Central. Asimismo, insiste en señalar que lo que le da un carácter burocrático a la burgue-

sía estatal está en el hecho de utilizar el aparato estatal para hacerse de los medios de producción.

Con un sentido más cauteloso, se encuentra Paul Sweezy, quien no obstante que suscribe la explotación como fenómeno dominante en la URSS, así como la existencia de una capa dirigente con carácter de explotadora, no se aventura a plantear la presencia del capitalismo como regulador de la producción en estas sociedades, inclinándose por dejar abierta la problemática referente a la naturaleza de la explotación.

En un ángulo distinto, se localizan aquellas corrientes que sin dejar de reconocer deformaciones o desviaciones en las economías en cuestión (diferenciación social, métodos capitalistas de producción, etc.), consideran a éstas como transitorias en la práctica histórica de la construcción del socialismo, susceptibles de corregirse paulatinamente en tanto percibidas y asimiladas por los dirigentes de esas sociedades (podría ser el caso de su preocupación actual por elevar el nivel de vida de la población, y la superación de la crisis agrícola que como hemos señalado tiene su génesis en la colectivización forzosa). Los simpatizantes del llamado "socialismo real" parten de asimilar a éste, en función de los avances logrados en el empleo, la educación, los deportes, en sus procesos rápidos de industrialización, la eliminación de la prostitución, la planificación central, y también como única alternativa real para frenar las intenciones belicistas nucleares del imperialismo norteamericano. Por consecuencia, en acontecimientos como el de "solidaridad", se procede a calificarlo con el criterio de que antes que todo se encuentra la defensa del socialismo o la "dictadura del proletariado". Habría que llamar la atención, en el hecho de que en tanto se contempla a estas sociedades en función del progreso social y la mejor distribución del ingreso con respecto al capitalismo, en nuestros días, tiende a identificarse en muchos aspectos con la socialdemocracia, particularmente en el terreno internacional. Esta posición es sostenida por buena parte de las organizaciones políticas de izquierda en América Latina, incluyendo en ese espectro a Cuba.

Otra versión, es la que asume la IV Internacional Trotskista, para quien estas sociedades son sociedades de transición que median entre el capitalismo y el socialismo. Caracterizadas por una combinación híbrida de elementos propios al socialismo (como la planificación de la economía) y elementos burgueses como los que se imperan en las relaciones de distribución que siguen siendo capitalistas. Esta combinación, nos dice Ernest Mandel, tiene un carácter dominante para esta forma de sociedad y no puede reducirse ni a la regulación de la economía por

la ley del valor (capitalismo) ni a la regulación de la economía por los productores asociados bajo condiciones de eliminación de las relaciones mercantil-monetarias (socialismo). En esta combinación híbrida, prevalecen los intereses de una capa social burocrática, la cual no es propietaria de los medios de producción ni en el sentido jurídico, ni en el sentido económico del término, obteniendo privilegios en el terreno del consumo mediante la ampliación o conservación de ventajas respecto a los ingresos y a las facilidades de adquisición de bienes de consumo. En suma, se concluye preservando la tesis original de Trotsky en el sentido de que estas sociedades son Estados Obreros Degenerados por la existencia de dicha capa burocrática.

Al seno del trotskysmo, se observan algunos trabajos donde la problemática de las sociedades en transición debe abordarse trascendiendo el mero ámbito político, ya que la existencia de la burocracia no puede explicarse por factores superestructurales o histórico-coyunturales, sino en función de ciertas premisas económicas impuestas por la subsistencia de la división del trabajo y los privilegios de función que le son propias. Por tanto, el control del plusproducto a partir del monopolio del poder estatal, no obedece a razones políticas "sino a una razón económica, inherente a la estructura misma de la economía: la división del trabajo" (Adolfo Gilly. Sacerdotes y Burócratas, pág. 63).

Partiendo de la división del trabajo (trabajo manual intelectual) encontramos también posiciones al margen del trotskysmo. Una de ellas, en función de esa premisa, señala que en los países autoproclamados socialistas impera un modo de producción distinto al capitalista y al socialista: el modo de producción intelectual. Veamos en qué consiste ésta.

Esta teoría parte de sostener que dentro del capitalismo, existen no sólo dos clases fundamentales sino tres: la burguesía, el proletariado y la clase intelectual. Esta última se halla desposeída de los medios de producción, pero tiene como patrimonio, medios de producción intelectuales. Su condición de dominada respecto al capital, la hace ser opositora a éste, buscando la alianza con la clase obrera (el trabajo manual) para derrocarlo e instaurar así su propio modo de producción: el modo de producción intelectual (MPI) que responde a la burocracia dirigente en esos países. Así, la clase intelectual cuyo origen se encuentra en el capitalismo, precede y funda tras el cambio social, al "funcionario socialista". Este MPI se desarrolla mediante el capital social planificado, donde la remuneración salarial la determina el plan económico, y el proletariado (trabajo manual) es sujeto de explotación al extraérsele una forma peculiar de plusvalor,

denominada la plusvalía socialmente planificada. (Enrique González Rojo. "La Naturaleza de los llamados Países Socialistas").

Reivindicando la comuna o los consejos obreros y populares, como forma institucional del poder directo de los productores en el proceso de transición, Aníbal Quijano —distinguido marxista latinoamericano— establece que en la URSS el poder político adopta la forma de una inmensa maquinaria institucional de administración, coerción y de represión, cada vez más separada de la vida diaria de los trabajadores y por lo tanto de su control inmediato, que se relaciona con ellos de manera burocrática y despótica. Lo anterior, que sustentó el debate sobre la relación entre democracia y socialismo, dio como un resultado importante el surgimiento del "eurocomunismo" quienes compartirán la convicción social democrática de que el socialismo supone un gradual avance del proceso de democratización del Estado Burgués actual, que posibilite la participación de los partidos obreros dentro de él hasta su ocupación total.

Para Quijano, la revolución socialista es un período particular de la lucha de clases, caracterizado por un proceso de socialización del poder político que comienza con la destrucción del Estado Burgués, y un proceso de socialización de los recursos de producción y de la división social del trabajo, esto es, su puesta bajo el control y gestión inmediata y directa de los productores, organizados en el poder político directo. Concebidas así las cosas, el conjunto de partidos (ya que uno solo no puede ser el depositario de toda la conciencia proletaria) que participan en este proceso, deben actuar al seno de los organismos directos de las masas —los consejos o las comunas— de manera que éstos no terminen siendo una pálida representación de la clase obrera como actualmente sucede (Aníbal Quijano. Poder y Democracia en el Socialismo).

Con la muerte de Mao, al interior de China surge una serie de pugnas en torno al balance del camino maoísta como alternativa de desarrollo económico a la experiencia soviética, resultando triunfadora la línea que había sido desplazada por la Revolución Cultural (representada por Ten Siaoping, brazo derecho de Liu Shaochi quien fuera la cabeza opositora a la Revolución Cultural, inclinándose por mantener la supremacía de las fuerzas productivas en detrimento de las relaciones de producción) y derrotar a los representantes más fieles al pensamiento maoísta (la denominada "banda de los cuatro").

China adoptará un curso distinto, que divorcia a la corriente maoísta a nivel mundial de su nueva experiencia político-social. Para éstos —los maoístas— la negación de los logros obtenidos por la Revolución Cultural en materia de

industrialización, la sustitución de los planteamientos centrales de Mao por los que comulgan con la necesidad de la disciplina, obediencia y respeto a la jerarquía, la subordinación total de las organizaciones de masas (comités revolucionarios) hacia el partido, la atención de las fuerzas productivas por delante del desarrollo de la lucha de clases bajo el lema de que la "Política debe servir a la economía" (el tan criticado productivismo por los maoístas), son unos de los aspectos que producen la ruptura entre la China de Ten Siaoping y el Maoísmo como corriente teórico política*, quien al quedarse sin experiencia histórica y por ende enriquecimiento de la misma conforme avanzara la China de la Revolución Cultural, tiende a revalorizar su interpretación del proceso de transición.

En este esfuerzo destaca el trabajo de Eugenio del Río, Secretario General del Movimiento Comunista en España, quien en su libro "La teoría de la transición al comunismo en Mao Tse Tung (1949-1969)", realiza algunas reflexiones políticas sobre los países donde se han producido revoluciones anticapitalistas.

Para éste, estas revoluciones son hijas de la guerra provocando un enorme peso del militarismo en las mismas; triunfan en áreas de bajo nivel de desarrollo económico y por consiguiente, cuentan con un proletariado muy reducido y con un campesinado absolutamente mayoritario; en ellas el factor nacional ha sido determinante. Con ese panorama, surge un elemento consecuente, es decir, que las fuerzas sociales que participan en el proceso no son una masa horizontal, sino un conglomerado jerárquico donde en la cúspide figura una minoría relativamente especializada, formada por "hombres cultos", lo cual genera un distanciamiento entre dirigentes y dirigidos, donde la minoría decide por la mayoría.

La forma de evitar ese rumbo, supone la voluntad y conciencia de las vanguardias para abordar la problemática, tomando en consideración no sólo el factor subjetivo de las amplias masas, sino las condiciones que dificultan, entorpecen en extremo el avance hacia el comunismo (atraso económico, escasez y unilateralidad de recursos, bajísima productividad, debilidad del proletariado y disminuido nivel cultural), y por ende, la democracia de las masas. Es así que advierte cómo un partido único a menudo fundido con el Estado, contribuye a bloquear la posibilidad de la democracia directa ejercida por los propios trabajadores.

Una última apreciación con la que cerramos, es la de Rudolf Bahro, mereciendo atención dado que proviene de un comunista formado en los Países del Este.

* Véase por ejemplo. Movimiento Comunista. Nuestro punto de vista sobre la situación actual de la República Popular China. España, 1979.

Para Bahro, más que atravesar por la fase de transición (socialismo), estos países son sociedades "protosocialistas". Es decir, que partiendo de las premisas sociales que existían en éstos, el imperativo por desarrollar las fuerzas productivas condujo a caminos no capitalistas (tal y como se dio en los países europeos de temprano desarrollo) de industrialización, reproduciendo y profundizando los métodos de trabajo propios de éste (el capitalismo). Esto le permite explicarse la represión estatal que en ellos ocurre, como función del subdesarrollo industrial, o en otras palabras, como algo que necesariamente acompaña a la tarea de superar este subdesarrollo activamente a través de una reestructuración social inorgánica.

Bajo un contexto de subdesarrollo económico, cuya prioridad es la superación del mismo, el Estado en estas sociedades, lejos de ser una entidad que tiende a extinguirse, se vuelve imprescindible para fomentar la industrialización con un carácter necesariamente burocrático. Redundando la tesis anterior, el sometimiento de la sociedad soviética a una máquina estatal burocrática tiene su razón en cuatro raíces históricas: 1) la permanente amenaza exterior que potencia el militarismo y los excesos del terror; 2) El pasado semi-asiático de Rusia, cuya única forma de superarlo socialmente es a partir de una burocracia desarraigada a las costumbres socio-culturales con un alto sentido de la disciplina, pero a la vez la necesidad de un compromiso con el pasado; 3) La situación revolucionaria signada por un poder estatal ampliamente extendido; y 4) Las fuerzas productivas que tuvieron que ser acumuladas bajo la presión de un entorno capitalista, para crear las premisas del socialismo, llevando consigo un carácter antagónico. Se pregunta Bahro, ¿se puede basar el comunismo en el taylorismo? ¿En una maquinaria caracterizada en gran parte como "capital"?

Por último, Bahro resume, afirmando que el Estado Soviético —con el partido como su núcleo— no es el representante de una clase obrera sobrecargada con el ejercicio del poder, sino el representante extraordinario de una clase explotadora. De ahí que prevea la armonía y la libertad, sólo en una fase superadora del industrialismo, que haga factible la eliminación de la desigualdad en la división del trabajo, en las estructuras de la tecnología y de la cooperación, fenómenos que incluso en el socialismo prevalecen como recuerdos del pasado.

UNA POLEMICA COMPLEJA Y CONTEMPORANEA

Hemos insistido en que la intención de este ensayo, es recuperar históricamente los rasgos que conforman las posiciones más difundidas en torno a la naturaleza

de los países del este. Tomar partido en problemática tan compleja es algo difícil, más si le sumamos nuestras posibilidades teóricas para asumirla en un terreno donde la confusión no haga presa de nosotros. En ese entendido, sólo nos restaría recapitular con base en los puntos que, nos parece, podrían orientarnos en la perspectiva de comprender el significado social de las economías planificadas.

El estudio de las sociedades socialistas, precisa partir de concebirlas como una totalidad en continuo movimiento, donde dejar a un lado alguna de las partes que conforman ese complejo social, convoca hacia una apreciación parcial de las mismas. En esta insuficiencia observamos algunas de las caracterizaciones expuestas como la trotskysta quien sólo ve en el plano político al único elemento que da pauta a la recomposición de estas sociedades. Otro caso distinto, pero semejante, se encuentra en el maoísmo, cuyo compromiso con la lucha ideológica que, al ser potenciada en el proceso de cambio social, da como resultado la continuidad hacia formas superiores de organización social. Así también se encuentran las posiciones que enfrentan la problemática a partir de la división social del trabajo, estableciendo el origen de la burocracia en esa disociación entre el trabajo manual y el intelectual inherente al capitalismo, reproducida con mayor intensidad y en un plano distinto en las economías donde priva la planificación.

Desde nuestro punto de vista, la asimilación de la totalidad y su dialéctica, debe partir de contemplar los elementos que la componen, la dinámica de los mismos, así como aquéllos que se traducen en determinantes para atender su génesis y desarrollo conforme al tiempo. Y esto supone el estudio de las condiciones histórico-materiales, políticas y culturales de cada proceso, y su grado de compromiso con los países donde han explotado revoluciones anti-capitalistas.

Con base en lo anterior, podríamos acercarnos a ubicar el papel que sobre estas condiciones juega el partido alejándonos de toda especulación "maquiavélica" de éste, la maquinaria estatal, y la relación que existe entre estas dos entidades.

Este esfuerzo global por asimilar sistemáticamente nuestra inquietud sobre las sociedades del este, dará oportunidad, primero, de confrontar la visión de Marx sobre la fase de transición con la realidad, y en segundo lugar, una aproximación hacia el papel histórico de estas sociedades en la humanidad. •

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Carlos Marx. El Capital, Tomo I/Vol. I, Siglo XXI Editores, 1980. El Capital, Capítulo Sexto inédito, Libro I, 1981. Crítica al Programa de Gotha. Editorial Progreso. Moscú, 1975.

Vladimir I. Lenin. El Estado y la Revolución, Obras Escogidas en 12 tomos, Editorial Progreso. Moscú, 1977. Informe sobre la sustitución del sistema de contingentación por el impuesto en especie. En Debate sobre la economía soviética y la ley del valor. Editorial Grijalbo, 1974.

Evgueni Preobrajensky. Las perspectivas de la nueva política. En Debate sobre la economía...

Nikolai Bujarin. Una nueva revelación sobre la economía soviética, o cómo se puede hundir el bloque obrero y campesino. En Debate sobre la economía. . .

Alec Nove. Historia Económica de la Unión Soviética, Alianza Editorial, 1973.

Angus Maddison. Crecimiento Económico en el Japón y la URSS, FCE, 1971.

Grupo Comunista Holandés, Anton Pannekoek, Los bolcheviques en el poder. Editorial Anagrama, 1976.

Paul Mattik. Rebeldes y Renegados. Edit. Icaria, 1979. Marx y Keynes. Edit. Era, 1978.

León Trotsky. La revolución Traicionada. Edit. Juan Pablos, 1976.

PH. Devillers. Lo que verdaderamente dijo Mao. Edit. Aguilar, 1970.

Mao Tse Tung. Una Crítica de la Economía Soviética, FCE, 1982.

E.L. Wheelwright y Bruce McFarlane. Desarrollo y Revolución Cultural en China. Edit. Nuestro Tiempo, 1972.

Mijail Stajanovic. El Estatismo, Mimeo. CCH Naucalpan.

Charles Bettelheim. Las luchas de clases en la URSS, Siglo XXI Editores, 1978.

Ralph Milliband. Bettelheim y la experiencia soviética. En Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética. UAP, 1979.

Bernard Chavance. Sobre las relaciones de Producción en la URSS. En Acerca de la Naturaleza social. . .

Ernest Mandel. Diez Tesis Acerca de las Leyes Socioeconómicas que rigen las Sociedades de Transición. En Acerca... Sobre la Naturaleza de la URSS, en La Naturaleza de la URSS (Debate) Edit. Fontamara, 1978.

Adolfo Gilly. Sacerdotes y Burócratas, Ediciones Era, 1980.

Enrique González Rojo. "La Naturaleza de los Llamados Países Socialistas". Mimeo, 1984.

Aníbal Quijano. Poder y Socialismo en *Teoría y Política Núm. 10,* abril/junio, 1983.

Movimiento Comunista. "Nuestro punto de vista sobre la situación actual de la República Popular China" en Boletín Núm. 29. Mayo, 1979 (España).

Eugenia del Río. La Teoría de la transición al comunismo en Mao Tse Tung (1949-1969) Edit. Revolución, 1983.

Alejandro Dabat. "Las relaciones económicas entre el campo y la ciudad en la política de construcción del socialismo". En *Teoría y Política Núm. 5.* Julio/septiembre, 1981.

Rudolf Bahro. La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente, 1979.